
LOS BALCONES DE MADRID, II

**Tirso de Molina
(Gabriel Téllez)**

El texto presentado aquí está basada en el publicado en primera instancia en una suelta, sin fecha pero casi seguramente del siglo XVII, que se encuentra en la Biblioteca Nacional de París y luego en el TEATRO ANTIGUO ESPAÑOL (Madrid: F. Grimaud de Velaunde, 1937). Este texto, como divulgado hace años por Harold G. Jones y Vern G. Williamsen en "Dos refundiciones tirsianas: 'Amor no teme peligro' y 'Los balcones de Madrid'," un artículo publicado en ESTUDIOS (nos. 132-135, 1981, pp. 133-55), es una refundición. Sin duda alguna representa la forma en que la obra fue presentada en el teatro popular, en contraste con la original destinada a presentación palaciega. En esta forma se basa también la traducción inglesa que se encuentra en esta biblioteca electrónica. Consúltese además, la obra en su forma original en la misma colección. Esta edición fue preparada por Vern G. Williamsen en el año 1996.

Personas que hablan en ella:

- Don ALONSO, viejo
- Don ÁLVARO
- ELISA, dama
- Don JUAN, caballero
- Doña ANA, dama
- Don CARLOS, conde
- Don PEDRO, caballero
- LEONOR, criada
- CORRAL, gracioso,
- CONVIDADOS

ACTO PRIMERO

Salen ELISA, con un papel en la mano, y CORRAL

ELISA: ¿Qué tantos extremos hizo
 don Juan con la suerte y letra?
 Corral, ¿qué tanto se holgó?

CORRAL: Háse holgado de manera
 que es un holgazón de gustos,
 y si en Burgos estuviera,

fundaran sus holgaduras
diez conventos de Las Huelgas.
De los versos que te escribe
saca tú, cual de madeja,
el hilo por el ovillo,
el mesón por la tableta.
Léele y verás que te paga
en décimas o espinelas
diezmo su amor sin ser cura,
alcabala sin que venda...
mas, quedo, que entran.

Sale don ALONSO

ALONSO: Elisa,
propicio el año comienza.
Pues ha llegado a esta corte
el que mis años aumenta.
Ya habrá venido el criado
pues no le encontré a la puerta.
Mas, ¿qué buscáis aquí vos?
CORRAL: (¡Concentainas y Palencias!) **Aparte**
ALONSO: Hablad. ¿Qué buscáis? ¿Quien sois?
CORRAL: (San Tiento asista en mi lengua.) **Aparte**
Soy, señor, cierta persona...
(Persona, sí, mas no cierta **Aparte**
porque nunca estoy en casa...
ni persona, porque de éstas
hay mucha falta en el mundo.)
Distilo quintas esencias,
limpio dientes, curo callos,
hago moños, saco muelas.
Llamóme desde el balcón
una titular doncella...
que afirman las hay de anillo...
¿Qué se le da de que mientan?

Quiere irse

ALONSO: ¿Qué es esto? Esperad, oíd.
CORRAL: Oidor es gran preeminencia;
mas yo jamás he hojeado
Parladorios ni Pandectas
aunque hay letrados melones
que escritos en las cortezas
de vírgenes librerías,
si los calan, son badeas.
ALONSO: (Este hombre es falto.) **Aparte**
Esperad.
CORRAL: Quien espera desespera,
y esperar sin esperanza
es propio de la ley vieja.
ALONSO: ¿Hay humor más peregrino?
¿Qué buscáis?
CORRAL: ¿Yo? La escalera,
que se me vuelve invisible
y debe de ser parienta
de la de los ahorcados,
para la subida, cierta,

pero para la bajada,
franca tan solo al gurrea.
ALONSO: (El criado que envió **Aparte**
don Pedro a que me dijera
que estaba ya en esta corte
es, sin duda.) No os dé pena
que os halle yo ahora en casa,
cuando ha de ser dueño de ella
el señor a quien servís.
CORRAL: ¿Mi señor?

ALONSO: A su firmeza
está mi Elisa obligada
como yo a sus muchas prendas.
Ha venido a estancia mía
para que a su sombra tenga
nuevo valor nuestra casa.
Reconocíle aquí cerca,
dile con la bienvenida
los brazos, y luego quejas
por dilatarnos los gozos
que medramos con sus nuevas.
Excusóse con decirme:
"Un criado mío os queda
aguardando en vuestra casa;
que por no darla molestia,
sin prevención y de noche
quise, a pesar de la priesa
de mi amor, hasta mañana
añadirme un día de ausencia."
Ya yo estuve con vuestro amo
y le di la enhorabuena,
viniendo pues de su parte
cuando albricias os esperan.
¿Qué temor os acobarda?

CORRAL: (Trocáronse las maletas **Aparte**
pues por otro me aplaudizan.
Transfórmome en el que piensan.)
Temí la venustidad
de esas canas circunspectas;
pero, pues hallan mis dichas
en su invierno primaveras,
besándote los coturnos
después de implorar tu vénia
y darte críticas gracias,
iré a pesarme de cera,
puesto que ya mis calzones,
según mi olfato, le pesan.

Vase

ALONSO: En tu silencio he notado,
Elisa, y en la tibieza
de tus ojos, cuán sin gusto
has recibido estas nuevas.
Pues, Elisa, ya mis años
necesitan de quien tenga
cuidado de ti y mi casa,
quien me alivie y te merezca.
Don Pedro es un mozo ilustre,
agradable su presencia;

conózcole y le conoces,
y tiene seis mil de renta.
Yo le tengo voluntad,
con que, quieras o no quieras,
te tiene de ver mañana,
y esotro han de quedar hechas,
sin falta, las escrituras,
o salir la noche mesma
en un coche de Madrid
para un convento de Lerma.

Vase [don ALONSO]

ELISA: Todo mal no prevenido
es precursor del desmayo.
Mata repentino el rayo,
y si no, quita el sentido.
Instantáneo rayo ha sido,
don Juan, mi padre crüel;
mas privilégíame de él
mi firmeza inexpugnable;
que aunque a todos formidable,
no hiere el rayo al laurel.
 Cuando de mi amor discuerde
y me amenazan congojas,
no porque tiemblan las hojas
el laurel su verdor pierde.
Siempre firme, siempre verde
sus rigores me verán
y, si en perseguirme dan,
morir es total remedio;
que mi amor no admite medio
entre la muerte y don Juan.

**Vase [ELISA]. Salen el conde don CARLOS y don
JUAN**

CARLOS: No vi noche más clara y agradable.
El diciembre se ha vuelto en mayo afable.
JUAN: ¡Ay, Conde y señor mío!
Si Amor rapaz es todo desvarío,
y como niño estima
juguetes con que más su fuego anima,
un favor, un juguete,
venturas esta noche me promete
que alegren mi tristeza
si del modo que acaba el año, empieza.
CARLOS: Dejad estilos graves,
pues los de la amistad son más süaves;
que siendo vos mi amigo,
éste es, sólo, el blasón a que os obligo.
Aunque tan recatado
anda de mi amistad vuestro cuidado,
y en él tan poco os debo
que llamaros amigo no me atrevo.
JUAN: Creed que si fiárosle rehuso,
no es por dudar de vos; mas porque el uso,
que yo frecuento poco,
no ha de juzgarme amante pero loco.

Oíd filosofías
de un peregrino amor que ha muchos días
que siéndole obediente
en mí es naturaleza, no accidente;
pero con presupuesto
que no ha de seros, Conde, manifiesto
el nombre de la dama;
que me ha juramentado, y de mi llama
tanto el secreto estima,
que hasta en los ojos su secreto intima.

CARLOS: Decid, que os yo prometo
que por mí no peligre este secreto.

JUAN: Yo, con Carlos, adoro
la perla más que al nácar, más que al oro;
el diamante que engasta
la forma, más que a su materia basta.
Quiero decir con esto
que adoro a un alma con amor honesto,
tan libre de apetito,
que aun el pensarlo juzgo por delito.

CARLOS: Las gracias de un valiente entendimiento
enamoran tal vez al pensamiento;
mas si él solo os recrea,
la dama que encubris será tan fea
que el apetito os tasa
y amando al dueño perdonáis la casa.
¿De qué sirven los ojos
si estímulo no son de sus despojos?
¿Tenéisla por hermosa?

JUAN: Sol de los cielos es, del mayo rosa,
y con ser como os pinto,
mi amor del ordinario es tan distinto
que puesto que mi vista
se deleite de paso y no la asista,
sin detenerse en sus despojos bellos,
viriles son los ojos y por ellos
adoro al huésped; que en tan noble casa
mi voluntad honestamente abrasa.

CARLOS: Bien dicen que es locura
amor; que en cada cual mostrar procura
el modo en que se extrema.
Mas, don Juan, cada loco con su tema.
Que yo no me acomodo
a amar la parte a solas sin a todo;
mas ¿vivís satisfecho
que os corresponde con lealtad su pecho?

JUAN: Estoy cierto que vivo
sin competencia en él, y que recibo
favores, bien que honestos,
al yugo alegre del Amor dispuestos.
Y porque no os dé enfado
el presumirme necio confiado,
advertid que no ha un hora
que echando suertes, fue mi protectora
Fortuna de manera
que me cupo mi dama, y que me espera
por esto tan gustosa
que el parabién se ha dado de mi esposa.
Oíd el epigrama
con que la suerte a su favor me llama:

sus pasos, sus acciones, su sentido,
hasta saber si son ponderaciones
o verdades en ella perfecciones.

Salen ELISA y LEONOR, en el balcón

ELISA: Mira si pasa don Juan.
LEONOR: ¿Querrásle arrojar las suertes
de los santos y la dama?
ELISA: ¿Para qué, si ya las tiene?
¿Ay, Leonor! Las que mi padre
violenta mi amor remedie;
pues si don Juan las ignora,
creerá, cuando no aproveche,
que le agravian mis mudanzas
y es mi padre quien le ofende.
LEONOR: Pared en medio a tu prima
tenemos. Si nos oyese
desde ese balcón vecino,
lo que sospechó aparente
la abrasará certidumbre.
ELISA: Escribíle que viniese
a remediar con industrias
peligros. Poco le deben
mis finezas.
LEONOR: No lo sabe,
ni hay sosiego que desvelen
seguridades de amor,
cuando ignora inconvenientes.
A tener competidor
tu don Juan...
ELISA: ¿Pues no le tiene?
LEONOR: Y tú un padre que no sufre
inobediencias rebeldes.

Sale doña ANA al otro balcón

ANA: (¿Miren si salió adivina **Aparte**
mi sospecha! Ni la ofenden
inclemencias de la noche,
ni testigos que revelen
desaires patrocinados
de un balcón su confidente.
Quiero escuchar a mi prima;
que ya los celos me ofenden.)
LEONOR: En la conseja está el lobo.
Doña Ana ha salido. Vete.
No ocasiones pesadumbres.
ELISA: Como tú a don Juan esperes,
y le digas lo que pasa,
lo cuidadoso que excede
a cuantos has aquí amaron.

Vase ELISA

LEONOR: Harélo; mas si me tiene
el Amor por doble espía
y doña Ana por su agente,

¿quién me obliga a defraudarla
sazones que el gusto teje?
Éste es don Juan; yo neutral,
los deajo. Viva quien vence.

Vase LEONOR. Salen don JUAN y CORRAL

CORRAL: Todo lo que te he contado
 con su padre me pasó.
JUAN: En fin, ¿don Pedro llegó?
CORRAL: Y dicen que está hospedado
 en esa casa que ves.
 Y conoces, pues su dueño
 tanto te ama.
JUAN: Si no es sueño,
 yo estoy loco.
CORRAL: El interés
 del esposo de futuro
 al viejo está dando prisa.
JUAN: ¿Y estaba delante Elisa?
CORRAL: Tan bañado el candor puro
 del crítico rosicler
 que estas nuevas la feriaron;
 que aun no se disimularon
 viéndome allí.
JUAN: ;Al fin mujer!
 ;Ah, cielos!
CORRAL: Ya habrá su olvido
 clamoreado por ti.
 Mas doña Ana vive aquí.
 Vuelve a casa, pan perdido.
 Ama a quien te corresponde;
 que Elisa en sustancia y modos
 es libro de **Para todos**,
 de ti, don Pedro y del conde.

Salen ELISA y LEONOR al balcón

ELISA: Yo le he sentido en la calle.
 Mi padre duerme seguro.
 Si remedios no apresuro
 perderéle.
LEONOR: Llega a hablalle
 y date prisa.
ELISA: ¿Ay, Leonor!
 Por doña Ana no me atrevo.
ANA: (Aquí es don Juan. No es nuevo, **Aparte**
 puesto que lo sea el Amor
 que en mi ingrata prima muda,
 hallarle aquí la mañana
 todos los días.)
ELISA: Doña Ana,
 hasta aquí celosa en duda,
 si hablando con él agora
 me viese, confirmará
 malicias.
LEONOR: Mejor será
 que te retires, señora;
 pues si tu padre despierta

y nos coge en el balcón,
ya sabes su condición.
ELISA: ¡Ay, desdichas, que voy muerta!
Darásle mañana aviso
del mal que, pared en medio,
si Amor no busca remedio
nos asaltó de improviso.

LEONOR: Harélo.

ELISA: ¡Qué eterno plazo
para quien muere de prisa!

***Retíranse del balcón ELISA y
LEONOR***

JUAN: ¿Entróse?

CORRAL: Entróse la Elisa
y pegónos ventanazo.

JUAN: Pero yo en su busca...

CORRAL: ¿Estás loco?

***[Don JUAN] quiere entrar en la casa y
detiéndole CORRAL***

JUAN: He de saber si se dan
premios...

ANA: ¡Ah, señor don Juan!
Puesto que me debáis poco,
por el huésped que aposenta
mi casa, y de vuestro amor
es dichoso ursupador,
que esperanzas os violenta;
por lo bien que os he querido;
por lo mal que habéis pagado
finezas de mi cuidado,
retornos de vuestro olvido;
si los desengaños curan
quisiera en vuestros desvelos
ser médico.

[CORRAL] habla aparte a su amo

CORRAL: Dala celos
a Elisa; que estos apuran
mudanzas convalecientes.
Finge que a doña Ana adoras
que industrias competidoras
son torcedores valientes.

ANA: Pene, rabie, muerda el ajo.
¿Tan enajenado estáis,
señor don Juan, que faltáis,
hasta en esto os aventajo,
a obligaciones corteses
pues aun no me respondéis?

JUAN: En parte acertado habéis
pero no es los intereses
que a este sitio me han traído
si vuestro enojo imagina
que son por vuestra vecina;

porque, en fe de haber perdido
por culpa mía el favor
que le debí a vuestro agrado,
al paso que escarmentado
vuelve corrido mi amor.

Ni tiene lengua mi culpa
ni es justo que la pretenda,
si asegura más la enmienda
quien callando se disculpa.

Amor que ignora el desdén
ciego y niño, como tal
muchas veces se halla mal
en donde le tratan bien.

ANA: Niño que da pesadumbres
y regalado se va,
¿quién nos le asegurará
vuelto con malas costumbres?

Mucho hay en él que temer;
que es compasión peligrosa
el veros, aunque piadosa,
amarme a más no poder.

Pero en fin, culpas primeras
en rapaces, dignas son
por esta vez, de perdón.
Volviendo pues a las veras,
ya sabréis que es huésped mío
don Pedro, el que ha de ser dueño
de mi prima. Éste es empeño
de don Alonso mi tío,

y gusto también de Elisa,
que, aficionada por fama,
de Talavera le llama
y por escrito le avisa

lo que con ella han podido
noticias que de él la dan.
Prométoos, señor don Juan,
que vuestro agravio he reñido.

JUAN: Resuelta, en fin, me responde
que a su padre agradar trata.
¡Es tan mudable esa ingrata!
¡Con don Pedro, con el conde!

Hace que se va

¡Conmigo, con vos! ¡Ah, cielos!
¡Ah, agravios! ¿Cómo no entráis?
¿Cómo...?

ANA: Don Juan, ¿dónde vais?
¡Vos en mi presencia celos!
¿Y os blasonáis de enmendado?

[CORRAL] habla aparte a su amo

CORRAL: Di nones a la garrucha.
¡Cuerpo de Dios! Que te escucha
doña Belerma y la has dado
cuerda con tu sentimiento.
Pide a doña Ana perdón;
más cebolla al salpicón,

ANA: más vinagre, más pimienta.
¡Poco mi presencia os debe!
No, don Juan, andad con Dios.

Hace que se va

JUAN: ¡Señora, señora! A vos
que sois mi dueño, se atreve
esta calentura loca.
Que, porque agravios olvide
en fe que ya se despide,
salió su fuego a la boca.

CORRAL: Ya está para vos barrida,
desembarazada ya.
La lengua dijo, "¡Agua va!"
Jugó a salga la parida.

JUAN: ¡Quedo, necio! Mejoró
mi amor en vos de deseos.

**Salen ELISA, al balcón, y después
LEONOR**

ELISA: Don Juan, don Juan, recogeos.
Ea, que os lo mando yo.

Vase

CORRAL: (¡Oigan allí qué "Yo el Rey!") **Aparte**
No te des por entendido.
Prosigue.

JUAN: Ya he conocido
la fe, la lealtad, la ley
que en vos perdí por ser loco.
Fénix sois única y rara.
El bien que no se compara
con otro se tiene en poco.
Si la fe que manifiesto
vuestro enojos no ablanda.

Vuelve a salir ELISA

ELISA: Don Juan, ¿sabéis quién os manda
que despejéis ese puesto?

Asomándose [LEONOR]

LEONOR: Que estás en riesgo notable
y es todo oídos mi señor.

ELISA: ¿Qué riesgo? ¿Qué mal mayor?

LEONOR: Ven.

ELISA: ¡Para ésta, don mudable!

**Vanse del balcón ELISA y
LEONOR**

JUAN: ¿Fuéronse?
CORRAL: Dadas a perros.
JUAN: Adiós, doña Ana.
ANA: Esperad.
JUAN: Celos son temeridad,
 que abrasada, hace estos yerros.
 Yo no os quiero, yo no os amo.
 Yo, doña Ana, adoro a Elisa.

Vase

ANA: ¡Corral, Corral!
CORRAL: Voy de prisa.
ANA: ¿No le llamas?
CORRAL: No le llamo.
ANA: ¡Ah, cielos! ¡Ah, industrias vanas!
 ¡Ah, Amor! ¡Locura y no Dios!

Vase

CORRAL: Echaos del balcón las dos.
 Irán rocín y manzanas.

Vase. Salen ELISA y LEONOR a la puerta de su casa

ELISA: Déjame, Leonor, que aquí
 no hay riesgo cuando nos halle.
LEONOR: ¿No? ¿En el zaguán de la calle?
ELISA: ¡Ay, estoy fuera de mí!
 Mira si habla todavía
 don Juan con esa mujer.
LEONOR: Vuélvete tú a recoger
 y corra por cuenta mía
 el reducirle a tu amor.
ELISA: Si tú salieses con eso...
LEONOR: Celos le alteran el seso.
 Halla casi poseedor
 de tu belleza y tu casa
 a un hombre recién venido.
 Piensa que tú le has traído.
 ¿Qué mucho, pues, si se abrasa?
 Desengañaréle yo.
ELISA: Sospecho que se fue.
LEONOR: ¿Qué importa? Su casa sé.
 Ya el alba se esperezó;
 presto asomará despierto.
 Con ella amanecerá
 tu esperanza. Vete ya,
 y confiame esta puerta.
ELISA: Leonor, si me le reduces,
 redimiste mis desvelos.
LEONOR: Los crepúsculos y celos
 andan siempre entre dos luces.
 Saldrá el sol que los alumbre
 si es sol bello el desengaño.
ELISA: Voyme pues.

Vase

LEONOR: ¡Año, buen año!
Enredar es mi costumbre.
Con el año que hoy comienza
embustes he de empezar.
¿Qué no sepa desatar
la más hembra sutileza?

Salen don JUAN y CORRAL

CORRAL: Pues, ¿a qué diablos volvemos
a andar otra vez la noria?
¿Hoy dormimos de memoria?

JUAN: Más impacientes extremos
me sacan fuera de mí.
Aquí se encendió mi fuego,
aquí perdí mi sosiego,
y vuelvo a buscarle aquí.

LEONOR: Señor don Juan, dos razones
por despedida, no más.

JUAN: ¡Oh mi Leonor! Si tú estás
de por medio, mis pasiones
ya se me vuelven en gozos.

LEONOR: Mensajero soy, no tengo
la culpa. De parte vengo
de mi señora. Los mozos,
como vuesasted, mudables,
con brevedad se consuelan
de agravios que los desvelan,
pues no hay celos incurables.
Dícele pues mi señora
que en fe de que no merece
a vuesasted, y obedece
a su padre, que está agora
resuelto en darnos marido,
y esta mañana han de ser
las vistas, pretende ver
finezas de bien nacido
en vuesamested, echando
tierra a pasados favores;
pues, no siendo más que flores,
ellas se irán marchitando;
que le asegura que está
notablemente prendada
de la presencia aliñada
de quien la mano le da.
Ella, en fin, dice que es justo
ser a su viejo obediente
y más, viendo que al presente
preceptos añade al gusto;
que le suplica y conjura
con todo encarecimiento
no desazone el contento
que la ofrece esta ventura;
que doña Ana tiene acción
a su antigua voluntad,
hechizos en su beldad,
picante en su discreción;

que no la haga mal casada,
y que desde hoy más, adiós,
don Juan, porque para vos
ésta es la puerta cerrada.

Vase [LEONOR] y cierra

CORRAL: Dice y hace. Echó la aldaba.
JUAN: Este desengaño ha sido
Santelmo de mi sentido.
¡Qué derrotado que andaba!
¡Plegue a Dios, si más pisare
estas piedras, si pusiere
aquí los pies, si la viere,
si más de ella me acordare,
que un rayo...! Ya tengo vida.
Celos son mal cirujano
porque curan sobre sano
y respiran por la herida.

**Vanse [CORRAL y don JUAN. Salen ELISA y LEONOR]
abriendo la puerta de la calle**

LEONOR: ¿No nos oíste?
ELISA: No pude
porque estaba algo distante.
LEONOR: Pues, señora, nuestro amante
a obligaciones acude;
que por primeras estima.
No hay poderle convertir.
Agora le vi salir
de visitar a tu prima.
Persuadile; pero en vano
a tus finezas le obligo,
porque dice que es amigo
de don Pedro y que la mano
delante de él ofreció
a doña Ana; que obedezcas
a tu padre y apetezcas
dueño que el cielo te dio;
que fue una efímera loca
su amor y, sin aguardarme,
me dejó, por no escucharme,
con la palabra en la boca.

Salen don JUAN y CORRAL, muy alborotados

CORRAL: ¿Otra visita a este sitio?
JUAN: Morir quiero por matar.
Hoy veremos si a firmezas
es razón...
CORRAL: ¿Adónde vas?
JUAN: ¿No te digo que a morir
por dar muerte?
CORRAL: No has de entrar.
JUAN: ¿Tú me impides? ¡Vive el cielo...!
CORRAL: Vivió, vive y vivirá.

JUAN: ¿Quieres que la daga saque?
CORRAL: Llamaránte irregular.
JUAN: Apártate, no ocasiones...
CORRAL: Tú las ocasiones das.

A ELISA

JUAN: Bésoos, señora, la mano.
ELISA: ¡Jesús, señor! ¿Aquí estáis?
Suspensiones cuidadosas,
hijas de una novedad,
me excusan no haberos visto.
JUAN: Como es dueño principal
de los sentidos el alma,
y en ella aposesionáis
al dichoso que os merece,
¿quién duda que os llevará
para darle la obediencia
la vista que me negáis?
Yo, también, interesado
en vuestra felicidad
por vecino y por pariente...
Si este título extrañáis,
por doña Ana vendré a serlo
en grado de afinidad.
Vengo todo parabienes
de esperanzas que veáis
brevemente posesiones
y éstas duren siempre en paz
siglos que juzguéis instantes.
ELISA: En ellos, señor don Juan,
eternicéis con mi prima
tan cuerda conformidad;
que yo, mil veces dichosa,
con el deudo que me dais
el parabién os retorno.
CORAL: (¡Con salsa de para mal!) **Aparte**
JUAN: Vengo a veros demás de esto
porque os quisiera excusar
lástimas impertinentes
que es fuerza que me tengáis.
¿Juzgaréis que permanezcan
cenizas, para señal
de incendios que recién muertos
palpitando agora están?
Pues no, Elisa, no por esto
las sazones impidáis
que os ofrece Talavera;
que no lo son con azar.
Mi libertad despedida,
ya de veras libertad,
para volverse a su centro
me anduvo anoche a buscar.
Encontróla vuestra prima
y, como la voluntad
de criados que son fieles
suele reliquias dejar
de afición en sus señores,
fue fácil en su piedad
que olvidando sentimientos

se volviese a acomodar.
 No ha mejorado de dueño;
 pero tan contenta está
 que si os faltasen los gustos,
 os los pudiera feriar.

ELISA: Tenéis vos tan movediza
 el alma que vida os da
 que en dos días se envejece
 violentada en un lugar.
 Quien dueños a meses muda,
 por más que sirva, no hará
 palacios con azulejos.

CORAL: (Acoto con el refrán.) **Aparte**

ELISA: No os tengo lástima a vos,
 pues siendo la liviandad
 tan propia cosecha vuestra
 seguís vuestro natural.
 A doña Ana, sí, y no poca,
 que podrá con vos juntar
 al pésame de perderos
 los plácemes que la dan
 segunda vez de adquiriros;
 porque en vos tan cerca está
 en materia de firmezas
 el salir como el entrar.

JUAN: ¿Quisiéredes vos agora,
 contra la serenidad
 y quietud de mis afectos
 que vos infiernos juzgáis,
 que ofendida mi paciencia
 soltara todo el raudal
 de amenazas y locuras
 que acostumbran fulminar
 los agravios y los celos
 que me empiezan a matar?
 Pues, creedme, a fe de libre,
 que a poder vos registrar
 lo que pasa acá en mi pecho
 donde ni estaréis ni estáis,
 os partiéredes corrida
 porque no se juzga ya
 si a amantes no desespera
 por valiente una beldad.

ELISA: Por vida vuestra que os creo;
 aunque el ver cuál madrugáis
 a alegar satisfacciones
 me ha dado qué sospechar.
 ¿Qué sería, si así fuese?
 Que ya yo vi rotular
 libros en el pergamino
 que siendo de humanidad
 pasan plaza de devotos
 profanando su disfraz.

JUAN: Pues hagamos una cosa
 vos y yo, porque creáis
 cuan preservado me tienen
 escarmientos de ese mal.
 Yo quedaré por perjuro
 sin palabra, sin verdad
 sin estima, sin nobleza
 como vos lo propio hagáis.

o el español Carlos Quinto?
 JUAN: Negad, Elisa, negad
 un conde que en vuestras suertes
 sirvió de encuentro y azar
 para encumbrarse en mis dichas
 hallándose tan capaz
 en vos el alma que a un tiempo
 tres en ella aposentáis:
 a don Pedro, a mí, y al conde
 y entre ellos mi libertad
 más que todos infelice,
 porque os supo querer más.

ELISA: ¿Qué Carlos? ¿Qué conde es éste?
 ¿Qué azares? ¿Qué encuentro? ¿Estáis,
 don Juan, en vuestro juicio?
 Descaminos enfrenad
 o ¡vive el cielo...!

JUAN: Sentís
 aprietos de la verdad;
 que en fe, mudable, de serlo
 se tienen de rubricar
 con mi sangre.

ELISA: ¿A la daguita
 la mano? ¡Oh, qué singular
 paso para una comedia
 de las de veinte años ha!

LEONOR: Tu padre, prima y don Pedro
 entran a verte.

ELISA: Don Juan,
 yo te quiero, yo te estimo,
 yo te adoro. Cesan ya
 burlas que abrasan de veras.
 Paren enojos en paz.
 Éntrate en ese aposento
 y en él oculto, serás
 testigo de las finezas
 de un amor por ti inmortal.
 Escóndete hasta su tiempo.

JUAN: Un siglo un hora será.
 ¿Si te casas? ¿Si me olvidas?

ELISA: Por la hermosa claridad
 del sol, padre de las gentes,
 por la vida que me das
 viéndote amante y con celos,
 y por ti, que es mucho más.
 ¡O morir o ser tu esposa!

LEONOR: ¡Que entran, señores!

ELISA: Don Juan,
 si doña Ana te me usurpa,
 ¿qué he de hacer?

JUAN: ¿Cómo podrá
 contra el sol la oscura noche
 resplandores alegar?

ELISA: ¿Entras?

JUAN: Entro con la fe
 de tu palabra.

Vase [don JUAN y ELISA]

ACTO SEGUNDO

Salen el conde CARLOS y LEONOR

CARLOS: Tengo un poco que deciros.

LEONOR: ¿Vos a mí? Viniera bien,
si yo fuera Inés, aquello
de "un poco te quiero, Inés."

CARLOS: Decís verdad; mas no sufre
la prisa con que me veis
el remate de la copla,
"yo te lo diré después"
porque si esta ocasión pierdo,
la esperanza perderé
que en vuestro favor estriba.

LEONOR: Terrible tiempo escogéis,
mi señor. Es esa sala,
que divide esta pared,
con su hija y con don Pedro,
hoy su yerno, ausente ayer,
conciertan las escrituras.
Y están presentes con él
su sobrina, y de ambas partes
deudos que han venido a ser
testigos de nuestras bodas.
Pues la hora... ya lo veis.
Las doce el reloj ha dado
y vinieron a las diez.

*Échale el conde CARLOS en la manga un
bolsillo*

¿Ay! ¿Qué es esto que en la manga
suena?

CARLOS: No os alborotéis
que aunque pesan, no son cantos
que os descalabren.

LEONOR: ¿Pues, qué?

CARLOS: Unos pocos de doblones
para que facilitéis
deseos; que cumple a damas
la calle del interés.

LEONOR: ¿En el siglo de vellón
doblonos? Vos entraréis
mejor, si así granizáis,
que el planeta ginovés.
Baldada me habéis cogido
del manjar que siempre fue,
cuando se hace el Amor hombre,
codillo de la mujer.
Parecéisme un pino de oro
pues fruto de oro ofrecéis,
y ellos, en fe de difuntos,
cada cual será un ciprés.
¿Amáis a Elisa o a doña Ana?

CARLOS: Antes que noticia os dé
de mi amor, que en vos consiste,
deciros quién soy es bien.
¿Conocéis al Conde Carlos?

LEONOR: Conde Claros sois? ¿Tendréis
como las obras el nombre
porque no puede ofrecer
doblonos, estrellas de oro,
sino un cielo cuando esté
claro como un Conde Claros.
Ya yo he oído encarecer
a un don Carlos, señoría
nuestro vecino, de quien
dicen que si el nombre es César,
que en el obligar es rey.

CARLOS: Yo sacaré verdadera
con vos esa fama. Haced
mis partes, y si se logran,
Leonor mía, no cuidéis
de vuestro dote y ventura.

LEONOR: Bésoos la[s] mano[s] y pie[s],
que atada de ellas y de ellos
vuestra esclava soy.

CARLOS: Oíd, pues.
Exageróme un amigo
que tengo y vos conocéis
con tanto extremo esta noche
la dama a quien quiere bien.
Tanto encareció sus partes,
tan suspenso le escuché,
tan ponderativo anduvo,
tan curioso yo con él
que ausentándose de mí
sin dárme la a conocer,
en su retrato mi envidia
pienso que puso el pincel.
Como de la novedad
hija la admiración es,
y ésta madre del deseo,
¡juzgad de tanta preñez
cual saldría el apetito!
Porque en mí fue tan crüel
que obediente a sus impulsos
su amistad atropellé.
Hice seguirle a un criado.
Fue diligente tras él.
Vióle en casa de doña Ana.
Que la amaba sospeché.
Digna fuera su hermosura
de abrazarme, a no saber
que don Juan adora a Elisa;
porque saliendo después
de con doña Ana, turbado,
en la calle le escuché
fulminar con quien le sirve
las locuras que un desdén,
un olvido, una mudanza,
suele arrojar de tropel.
Impedíale el criado
la entrada, por conocer
el riesgo de sus arrojos;

pero tan en vano fue
que a pesar de sus avisos,
yo mismo le vi poner,
ciego, la mano en la daga
y en sus umbrales los pies.
Entró, en fin, habrá dos horas
mas no salió. Vos sabréis,
como confidente suya,
Leonor, lo que se hizo de él;
que yo, con celos primero
que amante, un rato dudé
a las puertas de la calle
entre celoso y cortés
si entraría o no entraría
hasta que por no ofender
la quietud de quien adoro
mis deseos retiré.

De su padre y de don Pedro,
don Álvaro y don Miguel,
doña Ana y otros amigos,
entre todos cinco o seis
que son los que están agora,
conforme dicho me habéis,
haciendo las escrituras
y dándola el parabién.
Disimuléme criado
con los demás y llegué
a la presencia de Elisa,
mereciendo en ella ver
tanto cielo, gracia tanta
que en don Juan quedó esta vez,
aunque dijo cuanto supo,
avaro en encarecer.

Yo la adoro, Leonor mía,
yo estoy loco. Podrá ser
que cuanto más imposible
mis esperanzas la ven,
me parezca más hermosa.
Sin ella, no lo dudéis,
es la vida en mí tan ardua
como, cortado, al clavel.
Vos sola sois mi remedio,
vos tenéis sola poder
para conservar mis años
en el mayo en que los veis.
¿No es mejor para condesa
la hermosa Elisa? ¿No es
mejor para señoría,
Leonor, que para merced?
Pues con una acción no más
que esta noche ejecutéis,
ella os deberá mi estado,
yo la vida os deberé.

LEONOR: Conde, decid, que doblones
en mangas deben de ser,
granos, por San Juan, de helecho,
pues desde que los toqué
os quiero más que a mi vida.

CARLOS: Quinientos de ellos tendréis,
para casaros, seguros.
Oídme y proseguiré.

LEONOR: Dios vaya conmigo, amén.

**Salen don ALONSO, don PEDRO, doña ANA, ELISA
y otros**

ALONSO: Elisa, no ocasiones
sospechas a tu fama;
que ni te han de valer tus evasiones,
ni a quien con tantas veras y fe te ama
consentiré quejoso
pues con tu gusto vino a ser tu esposo.

ANA: Prima, si ésta no es tema
y quieres a don Pedro, ¿qué hay que tema
la dilación de un día que encareces?
Quien liberal da luego, da dos veces.

ELISA: Deja para los viejos,
pues que no peinas canas, los consejos
si no es que interesada
te importa el verme a mi pesar casada.
Conozco lo que medro
feliz consorte del señor don Pedro,
y estoy reconocida
al amor que me muestra,
mas tengo prometida
una novena a la patrona nuestra
de Atocha, y así trato
que se quede por hoy este contrato.

ALONSO: Cúmplela desposada
con más quietud y menos registrada;
que aunque las estaciones
son tan santas de suyo, hay ocasiones
en que las juventudes
profanan ejercicios de virtudes.
No apures mi paciencia.

Firma esas escrituras
o apercibe tu loca resistencia
a un convento de Lerma en que tus tías
en su clausura enmienden tus porfías.
ELISA: Escojo, pues a mi elección lo dejas,
por mejor que entre rejas
sujeta siempre viva
que a quien no tengo amor servir cautiva;
pues si uno y otro al fin es cautiverio,
más noble me le ofrece un monasterio,
y más vale medrando eterno nombre
ser esclava de Dios que no de un hombre.
Y porque creas cuán constante afirmo
la determinación de tus venganzas,
rasgo en estos papeles esperanzas;

Rásgalos

ALONSO: que de esta suerte yo violencias firmo.
Detén, inadvertida.

Saca la daga

la mano, si no intentas que en tu vida

mi enojo satisfaga.
LEONOR: ¿Está en sí, vuestasted? Tenga la daga,
que siendo tan cristiana mi señora,
(La chanza encajo agora.) **Aparte**
y esposa de quien burlan, presumidos,
no ha de tener a un tiempo dos maridos.

ALONSO: ¿Qué dices?

PEDRO: ¿Cómo es eso?

ELISA: ¿Estás en ti, Leonor?

LEONOR: Todo mi seso

está como solía.
Señores, mi señora es señoría.
Un conde la confiesa;
él por su esposa y yo por mi condesa.
Ayer le dio la mano
besándosela amante y cortesano.
Yo fui el cura y testigo.

Aparte doña ELISA y LEONOR

ELISA: ¡Desatinada, advierte...

LEONOR: Ve conmigo.

que esto importa al engaño.

ELISA: ¿Pues no ves que resulta ya en mi daño;
que está don Juan oyendo tus quimeras
y que ha de imaginar que hablas de veras.

En voz alta

LEONOR: En balde me cohechas al oído.
Más quiero mi conciencia. Tu marido
es el conde don Carlos.

A doña ELISA

Ve conmigo, que así puedes burlarlos.

ALONSO: ¿Qué conde o desventura?

LEONOR: Esto es notorio.

Delante de mí se hizo el desposorio.

¿De qué forman espantos?

¿Es mucho un conde donde sobran tantos?

Él jura, endoselando estas paredes,
en señorías mejorar mercedes.

Y que apetezca yo, no es maravilla,
ver las espaldas vueltas a una silla.

ALONSO: Ya digas la verdad o ya estés loca.

Tu atrevimiento mi furor provoca
a que en tu sangre vil...

Va a darla

LEONOR: ¡Jesús, María!

¡Conde, vuelva por mí Vueseñoría!

Sale el conde CARLOS

CARLOS:

La voluntad, caballeros,
que el cielo quiso eximir
de humanas jurisdicciones
no ha de violentarse así.
Elisa, en cuya belleza
elíseos deleites vi,
puesto que allá vive el gozo
y acá el amarla es vivir,
piadosa admitió respetos
del alma que la ofrecí.
¡Corta oferta un alma sola
quien quisiera darla mil!
Poco más debe de haber
de un mes que por competir
con el sol, salió en un coche
ella flora y él jardín
a dar nueva vida al Prado.
Pues, volviéndole a vestir
de yerba y rosa soberbio,
vio por noviembre su abril.
Dila parte de mis penas,
solicité, pretendí
sin perdonar circunstancias
que suele el amor lucir.
Correspondiólas afable
porque echó de ver que en mí
eran una misma cosa
el prometer y el cumplir.
La víspera de año nuevo
echó suertes y salí
por elección de los hados
su amante, y anoche en fin
me entituló su consorte
tan rendido, tan feliz
que en nuestras manos Amor
nuestras almas vino a unir.
Avisóme de la ofensa
en que todos incurris
tiranizando su imperio.
Caballeros advertid
que es mi esposa, y que si os pesa,
y lo queréis resistir,
será fuerza el defender
mi acción y fama o morir.
Conde, entre los generosos
siempre fue hazaña civil
hurtar el cuerpo a las leyes
y al sol el rostro encubrir.
Elisa casi os iguala,
si la amáis como decís
un mes ha con fin honesto,
pudiéndomela pedir
seguro de vuestro abono,
¿por qué de noche venís
a usurpar jurisdicciones
y esperanzas deslucir?

ALONSO:

Intenten pobres vulgares
medrar por medio tan vil
calidades a sus casas
ennobleciéndose así;
que es lo que es disculpa en ellos

PEDRO:

viene a ser, pues los seguís,
defecto vituperable
digno en vos de corregir.

ALONSO: Oblíqueos, pues sois tan noble,
la templanza que advertís,
a pesar de tanto agravio,
en mi enojo, y elegid
a satisfacción de partes
esposa con quien vivir
sin que menosprecios llore
después si os arrepentís.

ELISA: Señores, ¿qué disparates
nos pretenden consumir
el seso con la paciencia?
Yo, ¿cuándo os correspondí?
¿Cuándo os tuve por amante?
¿Cuándo, conde, os llegué a oír
deseos de pretendiente?
¿Cuándo os hablé? ¿Cuándo os vi?

LEONOR habla aparte a doña ELISA

LEONOR: ¡Que lo echamos a perder,
señora! ¡Pobre de mí!
El conde viene a libraros
con este ingenioso ardid
de tu padre y de don Pedro.

LEONOR habla aparte a doña ANA

Si esta vez sabes fingir,
libre tu don Juan te queda.

LEONOR habla aparte a doña ELISA

Que es tu esposo el Conde di,
y dale todo por hecho.

ELISA: (¿Hay quimera más sutil? **Aparte**

A doña ANA

Doña Ana, ayúdame ahora;
que sólo te importa a ti
que se case con el conde.

A doña ELISA

ANA: Amiga, vuelve por mí.
(Lo que Leonor me aconseja **Aparte**
me está de perlas. Salid,
ciego Amor, a vuestra causa;
que si llegáis a impedir
que don Juan de Elisa sea,
mi esperanza conseguí.)
El callar es ya culpable,
señores, y el resistir

venid a contradecirme.
Sígame el necio que afirme
que no es infeliz quien ama,
que Amor su imperio no infama
y que hay hermosura firme.

Vase don JUAN

PEDRO: Oye, don Juan, que es preciso
el medio que ha de valerme.
Arrojado he de perderme.
No perdonarte remiso.
Yo pondré a tu poco aviso
freno y límite bastante
aunque desde aquí adelante
juzgue quien mi agravio siente
que le restauré prudente
si le descuide ignorante.
Prevención discreta ha sido
Elisa, la que hecho habéis;
pues, porque os sobren tenéis
en cada sala un marido.
De los tres que hemos venido
podéis a gusto escoger
y esta casa no temer
lo que muchas necesitan
si las que poco se habitan
a pique están de caer.
¡Tanto huésped encerrado!
¡Notable capacidad
tiene vuestra voluntad
pues a tres lugar ha dado!
Puesto que he sido llamado
renunció el ser escogido.
En Talavera he vivido,
en ella de mí os servid
aunque aquí y allá advertid:
se quiebran de una manera
los platos de Talavera
y las damas de Madrid.

Vase don PEDRO

CARLOS: Ya, señora, dificulto
lo que antes facilité
aunque crédito no dé
a vislumbres de esta insulto.
¡Pero a tal hora y oculto
en vuestra casa don Juan!
Permisiones de galán
exceden el justo extremo.
No os culpo yo, pero temo
peligro del qué dirán.

Vase el conde CARLOS

LEONOR: (Miedos, ¿qué hacemos aquí **Aparte**
si en esta tempestad toda

soy la vaca de la boda
y ha de llover sobre mí?
Por el Conde me perdí,
de él me voy a socorrer;
y cuando no pueda ser,
pues a embelecocos me atrevo,
oficio conmigo llevo
que me gane de comer.)

Vase LEONOR

ANA: Prima, por verte en altura
que a tus deudos nos honrase,
procuré que se casase
con un conde tu hermosura.
El amor todo es ventura.
No la supiste tener.
Don Juan te ha echado a perder
y es quien de ti más se ofende;
que quien todo lo pretende
todo lo viene a perder.

Vase doña ANA

ELISA: ¿Qué intentará agora-- ¡cielos!--
mi airado padre conmigo
que entre el perdón y el castigo
me derrotan sus desvelos?
¡Tanta tempestad de celos,
Fortuna! Pues multiplique
olas que a mi fe dedique;
que si engolfándome van
y no es Santelmo don Juan,
el remedio es irme a pique.

Vanse. Salen doña ANA y LEONOR

LEONOR: Esto es todo lo que pasa.
ANA: En efecto, ¿qué tú fuiste
la que a Carlos escondiste?
LEONOR: Ocultéle por ti en casa
y, de ella salgo por ti,
huyendo.
ANA: Mientras la mía
de ti su esperanza fía,
en ella tendrás, y en mí,
la acción que yo. Y, si don Juan
hace caso de su honor
y paga mi honesto amor,
mis dichas te deberán
las medras de nuestro engaño.
LEONOR: Ten por cierto que no esté
en Madrid quien más te dé
pesares en todo este año.
Yo vi a sus puertas el coche
con las mulas de camino;
que ha de sacarla imagino
el viejo esta misma noche.

ANA: Logre mis dichas, Amor
y sáqueme de estas olas.

Sale don JUAN

JUAN: Pésame no hallarte a solas.
Retírate allá, Leonor.

LEONOR: (Bueno se le va poniendo
el ojo a la haca. ¿Ya están
los amores de don Juan
de otro temple? No lo entiendo.)

Aparte

Vase LEONOR

JUAN: Doña Ana, yo necesito
de tu amor y tu consejo.
Herido a don Carlos dejo,
deslumbróle su delito.
Aguardéle en esa calle;
ciego me salió a buscar.
La razón me pudo dar
aceros para sobralle.
Enemigo es poderoso,
peligrosa mi asistencia,
si se evita con mi ausencia,
partirme luego es forzoso.
Débote la voluntad
que pagarte no he podido,
cuando más reconocido
no quiere mi adversidad
que llegue a corresponderla.
El peligro me da prisa;
la poca lealtad de Elisa
ocasión de aborrecerla.

ANA: No querrá mi estrella airada,
don Juan, ya en mi favor cuerda,
que cobrándote te pierda
hoy dichoso, hoy desdichada.

Haga el Conde diligencias
buscándote; que en mi casa
mientras este rigor pasa
desmentirás sus violencias.

Este cuarto, ese balcón,
pues en amar te aventajo,
pasándome yo al de abajo
te ha de servir de prisión.

JUAN: Donde reina la piedad,
donde triunfa tu firmeza,
si es mi alcaide tu belleza
mi prisión es libertad.

Mas recelo de Leonor
que me vio entrar.

ANA: No hay temella.
Téngola grata, y por ella
se ha de lograr nuestro amor.

JUAN: Tú lo dispones de suerte
que en las dichas que intereso
soy ya dos veces tu preso.

ANA: Libros en que entretenerte

hay sobre ese contador
y aderezo con que escribas
versos, que a Elisa apercibas,
mientras que viene Leonor
 a traerte de cenar
y a disponerte la cama.
JUAN: La aurora aljófar derrama.
 Tarde es para reposar.
ANA: No tienes en qué ocuparte.
 Los presos duermen de día.
JUAN: Desvela Amor, Ana mía,
 y amo yo.
ANA: Quiero cerrarte
 que te temo fugitivo.
JUAN: Si me buscare Corral,
 fíate de él que es leal.
ANA: Adiós, pues, dueño cautivo.

Vase cerrando con llave

JUAN: ;Extraña temeridad
 he intentado, ciego Amor!
 Contento estoy con vivir
 tan cerca de quien murió.

***Sale CORRAL [por otra puerta, abriendo con llave,]
 y habla hacia dentro***

CORRAL: Déjame la llave y vete
 a tus haciendas, Leonor.
 Aunque siendo haciendas tuyas
 no tendrán mucho de Dios.
JUAN: ;Oh, mi Corral, bien venido!
CORRAL: Corral y tan tuyo soy
 que esta vez he de quitarte
 todo el mal de corazón.
 Déjame cerrar la puerta.
 Retirémonos los dos
 donde, ya que nos acechen
 no nos oigan. Atención:
 después que al coso saliste
 picado del garrochón
 de los celos, si no toro
 torote atropellador,
 de lo roso y lo velloso,
 yo, herido de mi temor,
 tuve envidia en las paredes
 a las letras de carbón,
 deseando transformarme
 en ellas con saber yo
 ser cartapacio del necio
 y sátira del lector.
 Cuando después que te fuiste
 cada cual competidor
 sarpullido de los celos,
 le dio a tu dama un jabón.
 Quedaron ella y su padre...
 ;Ya ves qué tales los dos!
 ;Como en las uñas del gato

el temeroso ratón!
Ponderó lo que te amaba,
tus finezas, tu valor,
la tempestad de tus celos,
lo limpio de tu afición
y que próspera en no dar
sospechas al pundonor
en los que a vistas vinieron
a esconderte te obligó.
Que a don Pedro aborrecía
más que el buho el resplandor,
al buen año el avariento,
a la Hermandad el ladrón.
Juró como un catalán
no saber quien ocultó
a aquel Conde entremetido,
de nuestra paz Galalón,
que ni de él tuvo noticia
ni en su vida le dignó
la memoria ni aun los ojos.
Mas que, a pura persuasión
de doña Ana que la dijo
ser tu amigo protector
y querer con tal engaño
redimir su vejación,
concedió con su embeleco,
y la cláusula cerró
con ofrecer a su espada
el cuello todo candor.
Oyóla **pro tribunali**
el viejo ponderador,
resolviéndose después
de media hora de sermón
en que había de llevarla
a Lerma antes que, veloz,
diese el alba afeite al Prado
y a su oriente bermellón.
Entró a prevenirse Elisa.
El viejo aprestar mandó
el coche con dos criados
y, entre tanto... oye el mejor
caso que escribió poeta
que, a serlo a fe de quien soy,
que sin mendigar asuntos
yo enriqueciera a un autor.
Entre tanto, como digo,
por un pariente envió,
confidente de su casa,
celoso de su opinión.
A éste, pues, en puridad
le dijo, "¿lvaro, yo estoy
resuelto a honrar con la sangre
del conde mi sucesión.
Persuadir que trueque Elisa
en desdén la inclinación
que a don Juan tiene es querer
que el abril viva sin flor.
Fiado, pues, en el tiempo
cuya cuerda dilación
muda afectos y apetitos,
he fingido que llevo hoy

a un monasterio de Lerma
a Elisa, en cuya prisión
escarmiente rebeldías
y se mude su rigor.
Sacaréla luego al punto
de la corte y, yendo yo,
Dorotea y Alvarado
con ella, sin permisión
que a persona comunique,
ni vea aun el resplandor
del cielo con las cortinas
echadas. Mi prevención
estriba en que ignore el pueblo
que ha de darla habitación.
Llegaremos de esta suerte
a la una o a las dos
a sestear a las ventas
que llaman de Torrejón.
Retiraréla a una cuadra
hasta que cubra de horror
la noche nuestro hemisferio
y, siguiendo mi ficción
daremos vuelta a Madrid
persuadiéndola que estoy
resuelto a que viva oculta
en Illescas, donde vos
la esperáis a instancia mía
mientras la murmuración,
sepultada en el olvido,
no lastime nuestro honor.
Vendrémonos tan despacio
que entremos cuando el rumor
y bullicio de la gente
no pueda darla ocasión
para advertir que a la corte
mi engaño la restauró.
Vos, don Álvaro entre tanto,
en fe que mi amigo sois
y que en vuestra lealtad tengo
antigua satisfacción,
despejando aquesta sala
de cuanto adorno la dio
la calidad de mi estado
y de mi hacienda el valor,
cuadros, escritorios, sillas,
colgaduras, contador,
cama, estrado, sin que quede
un clavo que dé ocasión
a que reconozca el sitio,
pediréis al corredor,
Luis de Toledo se llama,
otra tanta ostentación
que de modo la disfrace
que no la conozca yo.
Retirada en ella Elisa,
y las puertas del balcón
clavadas, dando la luz
la vidriera superior,
ni creerá que está en la corte
ni viéndola sino vos.
Hará don Juan diligencias

que despierten su afición.
Solicitaré entre tanto
que el conde, que sospechó
mal del desaire pasado,
haga cuerda información
de la honestidad de Elisa
y, buscando intercesor
poderoso, si es su amante
lograré mi pretensión."
Esto dijo, esto escuché,
temeroso acechador,
por el hueco de la llave.
Esto mismo prometió
el don Álvaro, pariente,
partiendo a su ejecución
como el coche a su jornada.
Salí a tienta a un corredor.
Topé con una escalera.
Hasta un patio me guió.
Di desde él en un corral.
Salté desde un paredón.
Supe que el Conde iba herido.
Mi lealtad adivinó
que estabas en esta casa.
Doña Ana abrirme mandó.
Y la noche que se sigue
volverá a la posesión
de su cuarto nuestra Elisa.
Si permanece tu amor,
pared en medio la tienes,
Tisbe y Píramo los dos.
No os veréis por redendijas
mas de balcón a balcón.
Para que os comunicéis
con toda circunspección
sin riesgo de la conciencia,
que no lo permita Dios,
traza tengo imaginada
que ha de hacerme arquitector
balconero con que admire
al artífice mayor.
Ya sabes mi habilidad.
Mi ingenio es ensamblador.
Lo que te quiero infinito.
Consulta a tu suspensión
durmiendo agora sobre ello
y si te está bien o no;
que después queda a mi cargo
el lograr esta invención.
Corral, cosas me refieres
que, al paso que nuevas son,
causan en mí novedades
extrañas.

JUAN:

Sale doña ANA

ANA:

Vendrá Leonor,
que es hora que don Juan cene.
Abre, Corral.

JUAN:

ANA:

Pues, señor,

JUAN: ¿cómo os va de carcelaje?
Doña Ana, ¿cómo con vos?
Tarde es para que cenemos.
CORRAL: Almorzar será mejor
y reposarás de día.

Don JUAN habla aparte a CORRAL

JUAN: No hay plato de igual sazón
como el hablar de mi Elisa.
CORRAL: Déjame a mí.
JUAN: Vuelva yo
por ti a la gracia de Elisa
y mi hacienda a tus pies pon.

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

*Salen don ÁLVARO, don ALONSO, LEONOR y
ELISA, traída por mozos en una silla de manos. [Don
ALONSO habla aparte a don ÁLVARO mientras que ELISA salga
de la silla]*

ALONSO: La industria ha sido extremada,
pues en el coche cubierta,
creyendo que a Illescas viene,
la dejo en su cuarto presa.
ÁLVARO: A Leonor topé en la calle,
y luego la hice por fuerza
que viniese conmigo.
ALONSO: Don Juan la esperanza pierda.
ÁLVARO: Está muy bien advertido
[. e-a]

A ELISA

ALONSO: Enmienda tu condición,
que mientras no la mudares
y más cuerda me obligares
ha de durar tu prisión
lo que durare mi vida.
¡Prestó la consumirás!
Todos presumen que vas
a Lerma. Traza es fingida
para que no sepan donde
te niego a sus diligencias.
¡Extrañas tus resistencias
son! Ni don Pedro ni el Conde
te satisfacen. Don Juan
no ha de ser tu esposo. En esto
no hay que hablarme. Si has dispuesto
darme disgustos, tendrán
aquí los tuyos castigo.
Si intentas que no me arroje
a más extremos, escoje,
consultándolo contigo.

A don ÁLVARO

ÁLVARO: Cerrad y venid, que es hora
de partirme. Ejecutor
he de ser de este rigor.
Mirad lo que hacéis, señora.

*Vanse los dos y cierran con llave por de
dentro*

ELISA: No sé si diga que siento
el verte en mi compañía
más que cuanta tiranía
oprime mi pensamiento.

LEONOR: Suerte es de los desdichados
que yerran en cuanto emprendan,
con los servicios ofendan
e indignen con los agrados.
Doña Ana con las malicias
de don Carlos me engañó.
Merezca, señora, yo
perdón siquiera en albricias
de que está aquí tu don Juan.

ELISA: ¿Qué dices?

LEONOR: Que a Illescas vino,
tú el norte de su camino
y él tras ti tu piedra imán.
Doña Ana tiene a don Juan
en su casa. Y para darte
aviso, vine a buscarte
y cogíome en el zaguán...

ELISA: No me digas más, Leonor.

LEONOR: Responde a las ansias mías.
¿Has visto por dó venías?

ELISA: ¿Cómo, si hasta el resplandor
del cielo mi padre airado
me limitaba? Aun de noche
no nos permitió que al coche
corriesen un encerado.
Yo a la popa, él junto a mí;
de día en una posada
tan oculta y retirada
que aun los huéspedes no vi.
Apenas llegué a esta villa
cuando me sale a la puerta
también para mí encubierta
de esta posada una silla.
Y entrando a oscuras en ella,
para que todo lo dude,
aun la escalera no pude
ver cuando subí por ella.

LEONOR: Tu tío me trujo aquí
sin ver por dónde y culpada.
El Conde, que interesada
me juzga, volvió por mí
y alcanzó que te asistiese
con cargo de ponderarte
que su vida es adorarte.
Doña Ana, para que hiciese
que de don Juan te olvidases,
también por mí ha intercedido
y los dos me han ofrecido,
como con Carlos te cases,
dote y ajuar; pero yo
que contigo me crié
y por experiencia sé
que el cielo te destinó
a don Juan, que te merece,
resuelta en morir contigo
al cielo doy por testigo

de lo que mi fe te ofrece.
Cama y alcoba curiosa
hay que autorizan su dueño.
ELISA: Con pesadumbre no hay sueño.
Poco quiere quien reposa.
Rezaré un rato primero
y entrarásme a desnudar.
LEONOR: ¿Enamorada y rezar?
ELISA: ¿Qué dices?
LEONOR: Que aquí te espero.

Vase ELISA

Disponiéndose van bien
de Corral las invenciones.

Saca muchas llaves en un llavero

Fióme sus intenciones
y quiérole un poco bien.
Agora falta probar
si entre tanta multitud
de lleves tendrá virtud
alguna para burlar
la impertinente quimera
del viejo en nuestra prisión;
porque con llave al balcón,
sin ver la calle siquiera
es morir. Aunque Amor muestra
industrias en la apretura,
y más de tanta clausura...
Ésta pienso que es maestra.
Voyle a probar entre tanto
que cumple sus devociones
Elisa. Hermanos balcones,
dad luz, y sea por encanto.

Vase y salen don JUAN y CORRAL

CORRAL: Viento en popa navegamos
por el pasaje común
de los que nacen de pies.
La Fortuna te hace el buz.
Ya tu Elisa está en su casa
puesto que de mancomún.
Su padre y su confidente
la hacen creer, en virtud
de que a Carlos dé la mano,
que está en Illescas según
escuché trazarlo anoche
a la avara senectud
de su padre. Fuera duerme
doña Ana, que la avestruz
de la muerte le ha sisado
a su tía la salud.
No volverá según esto
hasta que con nueva luz
trueque el sol en cunas de oro

el marítimo ataúd.
Encajado el pasadizo
que ha de ser nuestro arcaduz,
y de balcón a balcón
echó mi solicitud.
Por más que encarcele el viejo
a tu Elisa, si tahir
eres, a figura estás
yendo a primera de flux.
JUAN: Las paredes están altas,
la calle toda inquietud,
los vecinos maliciosos.
La honra peligra...
CORRAL: ;Jesús!
;De cuándo acá eres cobarde?
Calóse el cielo el capuz,
monjil de la viuda noche,
sin verse un jirón azul.
Durmiendo la vecindad,
la luna en el mar del sur,
y ;tú amor con tembladeras!
;Miren qué asalto de Ormuz!
Vete, y verás mis desvelos.
JUAN: ;Oh, Amor, si sacas a luz
mi esperanza, deberánte
mis sentidos su quietud!

Vanse don JUAN y CORRAL. Sale LEONOR con una llave de loba

LEONOR: Hechicera es esta llave.
No hay para ella prevención.
Abrí al instante el balcón.
También por la puerta cabe
de la sala que he ya abierto.
Deberále a mi artificio
don Juan todo este servicio,
pues con él su amor despierto.

Sale CORRAL

CORRAL: Dóysela al mismo Arquimedes,
si es hombre, de tres la una.
LEONOR: ;Ay, Jesús! No me has dejado
gota de sangre.
CORRAL: Las brujas
como tú, por tener poca,
dicen que a los niños chupan.
LEONOR: ;Por dónde entraste?
CORRAL: A la chanza
de un tablón se lo pregunta.
Sacabuche balconero
cuyo cuello como grulla
ya se extiende, ya se encoge,
y celebrando mi industria
en el otro se incorpora
con invención tan segura
que pueden pasar por él
los chapines de una viuda.

LEONOR: Que yo subí por encaje.
Sí, pero Corral, ¿quién duda
que en viéndolo los que pasan
nuestra opinión no destruyan?

CORAL: Anda, que estás hoy modorra.
Ya te digo que se excusa
todo registro mirón;
pues cuando el sol o la luna
quieran hacer de él alarde,
retirándole se oculta
del modo que la naveta
del escritorio; que ocupa
el espacio de su hueco.

Sale ELISA

ELISA: Si no hablas con las pinturas,
Leonor, ¿con quién te entretienes?

¿Jesús! Corral, ¿tú aquí?
CORAL: Triunfan
sutilezas amorosas
de impertinencias caducas
y éntrase por cualquier parte
Amor, que es deidad desnuda.

ELISA: Bien; mas ¿con llave las puertas?

CORAL: Para Amor no hay cerraduras;
que como es su padre herrero
le enseñó a forjar ganzúas.

ELISA: ¿Quién te dijo que en Illescas
estaba yo?

CORAL: Amor, lechuza,
que escondiéndose del sol
te supo seguir a oscuras.
En Illescas y en la corte
estás a un tiempo y, sin culpa,
presa en tu mismo aposento
él de don Álvaro ocupas.
Si quieres averiguar
todas estas garatusas,
abre [al] balcón las ventanas,
repara el modo y figura
de la sala en que te prenden.
Mira esa alcoba o estufa,
las bovedillas del techo
que en Illescas poco se usan,
esas puertas y paredes
que como los trajes mudan
cual danzantes se disfrazan
con ajenas composturas.
Yo pasé por el balcón.
Pasar puedes tú si gustas,
que la puente levadiza
ningún pasajero excusa.
Don Juan está en ese cuarto.
De tu prima estás segura.

No hay cosa que te dé enojo.

[Dice dentro don ALONSO]

ALONSO: Esperadme, conde, aquí.
ELISA: ¡[Aquéste] es mi padre!
LEONOR: Sí.
CORRAL: Al pasadizo me acojo.

Vase [CORRAL]

ELISA: Yo me retiro a esta puerta.
LEONOR: Engaños hay para todo.
[. -odo]
[. -erta].

ALONSO: ¡Hola! Abrid aquí.
LEONOR: ¿Quién es?

Sale don ALONSO

ALONSO: Si yo por de fuera cierro,
¿para qué es prevención tanta?
LEONOR: Para que quien entre dentro,
no nos halle de improviso
en civiles ministerios.
ALONSO: (Yo quiero con esta industria **Aparte**
estorbar sus pensamientos.)
Llama a Elisa.

Sale ELISA

ELISA: Pues, señor,
¿has hallado modos nuevos
con que añadirme pesares?
¿Mudaste ya de consejo?
¿Quedósete algo olvidado?
Que yo te estaba midiendo
dos leguas de aquí el camino.
¿A qué vuelves?

ALONSO: Ya no es tiempo
de proseguir invenciones.
Hija, sólo los recelos
de que don Juan te inquietase
determinarme pudieron
a persuadirte que estabas
en Illescas; mas supuesto
que ya no nos hace estorbo,
que estás en Madrid te advierto
en tu casa y en tu cuarto.

ELISA: ¿Dónde?

ALONSO: En tu casa.

LEONOR: ¡Ay, qué enredo!

ELISA: Pues aquesta ostentación
¿de dónde vino?

ALONSO: Todo eso
y más hallan en la corte
diligencias y dineros.
Vamos agora a lo más

y no gastemos el tiempo
en lo que menos importa.
Don Juan, perdido de celos,
hirió ayer noche a don Carlos
y recelándole muerto,
se valió de doña Clara
en cuya casa y secreto,
por ser de doña Ana tía,
y heredera convinieron
en que don Juan se ausentase
quedando los dos primero
desposados. Supo el conde
los amorosos extremos
que don Juan debe a doña Ana.
Supo estos tratos don Pedro
y tuvo de ellos envidia
porque viendo tus desprecios,
olvidado de tu amor,
el suyo en tu prima ha puesto.
Don Carlos, pues, que te adora
juzgó generoso y cuerdo
que casándose doña Ana
con don Juan, hallaba medios
con que obligarte a su amor
y anteponiendo deseos
a venganzas, fue esta noche
a ver a don Juan, saliendo
con tantas veras su amigo
que a instancia suya se dieron
doña Ana y don Juan las manos,
unos y otros tan contentos
que enviándome a llamar
testigo he sido y tercero
en casa de doña Clara
de finezas y de afectos.
Mañana, en fin, se desposan,
y el Conde, que por ti ha expuesto
la vida, viene conmigo.
¡Ya ves lo que le debemos!
Págale grata su amor.

LEONOR: (¡Jesucristo! ¡El embeleco
que ha tejido en un instante!
¡Válgate la trampa el viejo!)

Aparte

ELISA: Cosas, señor, me refieres
que las presumiera sueños
a no ser quien las afirma
tan digno de fe y respeto.
¡En la breve duración
de un día tanto suceso!
¡Tanta mudanza en don Juan!
¡Tan poco amor en su pecho!
¡Alto, Amor desvanecido
al uso del siglo andemos!
Lo que arruinaron engaños
reedifiquen escarmientos.
al conde Carlos admito.

[Abrázala]

ALONSO: ¡Agora sí que en tu cuello

como la hiedra en el olmo
mis años rejuvenezco!
Aquí está, voy a llamarle.
¡Qué buenas nuevas le llevo!
ELISA: ¿A estas horas? No señor.
Mañana con más sosiego
dispuesta el alma a servirte
podrá venir.

ALONSO: Bien, no quiero
apresurarte; mas mira
que, pues quedamos en esto,
no me saques mentiroso.

Vase don ALONSO, [cerrando con llave]

LEONOR: Señora, ¿qué es lo que has hecho?
ELISA: Leonor, ¿qué sé yo? ¿Qué quieres
de un alma toda recelos
que entre engaños que ha escuchado
duda verdades? ¡Que tiemblo!
Don Juan adoró a doña Ana.
Apariencias le ofendieron
del conde en mi casa oculto,
hirióle, ausentóse, y temo
que escondiéndose en la suya
siendo huésped, salga dueño.
Abre, Leonor. Dame el manto.

LEONOR: ¿Para qué?

ELISA: Las dos iremos,
o yo sola que es mejor,
quedándote tú aquí dentro.
Si a don Juan hallo en la casa
de mi prima, desaciertos
de mi temor me engañaron;
mas si no, cuanto sospecho
es sin duda.

LEONOR: ¿Y no reparas
que han de conocerte luego
los criados de tu prima?

ELISA: Todos estarán durmiendo.
La casa tiene vecinos.
Hallaré el portal abierto.
Arriba en el cuarto solo
vive don Juan casi preso.
Fingiré que soy doña Ana,
abriráme y trazaremos,
si se engañan mis malicias,
los dos el mejor acuerdo
que asegure mis temores.

LEONOR: Loca estás.

ELISA: Estoy sin seso.

LEONOR: Pues ¿dónde habemos de hallar
el manto si entraste en cuerpo
desde el coche hasta la silla?

ELISA: Mantos hay en mi aposento
Mira ese cofre, Leonor.

LEONOR: Vamos; que apaciguar celos
es pedir peras al olmo.

ELISA: Leonor, avisa en sintiendo
a mi padre.

LEONOR: ¿Yo? ¿Por dónde?
ELISA: Tendrá el pasadizo puesto
Corral, y desde el balcón
me llamarás.
LEONOR: En efecto
¿das en creer disparates?
ELISA: Dúdosos si no los creo.

***Vanse las dos y salen don ALONSO, don PEDRO y el
conde CARLOS, con banda***

CARLOS: Escondido y atento
escuché su amoroso sentimiento,
y que ofreció discreta
ser dueño mío si doña Ana aceta
a don Pedro y olvida
a don Juan. Pues nos consta su partida
a Valencia, no queda
inconveniente que estorbarnos pueda.
ALONSO: La elección que en su amor don Pedro ha hecho
nos obliga a ayudarle.
PEDRO: Satisfecho
de su honesta hermosura
desde que fui su huésped, mi ventura
a adorarle me inclina.
ALONSO: Seguirá mis consejos mi sobrina
pues por padre me tiene.
Fuera de que avisarla me conviene
de todo este suceso
pues el fin que intereso
estriba en que a su prima persuada
que con don Juan su boda concertada,
será más venturosa
si con ella don Carlos se desposa.
PEDRO: Cuidad de exagerarla
lo mucho que me esmero en adorarla,
lo que pienso servirla.
ALONSO: A mí me está tan bien el persuadirla
la suerte que no espera;
que cuando no por vos por mí lo hiciera.
Hallaréla dormida;
mas no importa. Despierte; que sabida
la nueva que he de darla,
lisonja pienso que es el despertarla.

***Vanse y salen doña ELISA con manto, don JUAN
y CORRAL***

ELISA: Todo esto pueden sospechas
si bien hallándoos aquí
del alma las despedí.
JUAN: Como estén ya satisfechas;
aunque tormentas deshechas
fulmine en el mar de amar
la Fortuna, que turbar
mis esperanzas procura,
Santelmo vuestra hermosura,
no han de poderme anegar.
Sentaos un rato. Tracemos

ardides con que podamos
vencer, aunque padezcamos
inclemencias que tememos.
ELISA: Don Juan, prevenir extremos
de un padre todo violencia,
a costa de la paciencia
es forzoso. Yo me voy.
JUAN: Mirad que en la gloria estoy
en fe de vuestra presencia.
A estas horas, ¿qué teméis?
ELISA: Temo, don Juan, el cuidado
de un padre que desvelado
Argos en mi ofensa veis.
JUAN: ¿Por el balcón os iréis?
CORRAL: Yo le voy a prevenir
entre tanto; que el zafir
del cielo platea la aurora.

Vase CORRAL

JUAN: Merezca quien os adora
sólo este instante vivir.
ELISA: Es la Fortuna inhumana
de mi paz tan enemiga...

**Siéntanse los dos de espaldas a la puerta
por donde entra don ALONSO. [Sale don ALONSO] y se levanta don
JUAN. Doña ELISA se queda sentada y cubierta con el
manto**

ALONSO: ¿Válgame el cielo! ¿Qué es esto?
Parece que escuché a Elisa.
¿Con luz la sala y abierta?
Madrugado ha mi sobrina.

Doña ELISA habla aparte con don JUAN

ELISA: Éste es mi padre. ¿Si en casa
me echó menos? ¿Qué desdicha!
JUAN: Cubre la cara y no temas.
ALONSO: ¿Don Juan!
JUAN: ¿Mandáis en qué os sirva?
ALONSO: ¿Qué hacéis vos en esta casa?
JUAN: Experiencias de cuán digna
es de alabanza su dueño,
pues así su amor me obliga.
ALONSO: ¿No os íbades a Valencia?
JUAN: Es poca causa una herida
en mi agravio ocasionada
para ausencia tan prolija.
ALONSO: ¿Qué es de doña Ana?
JUAN: Llevóla
la enfermedad de su tía
para que como heredera
a su testamento asista.
ALONSO: ¿Qué veo? ¿Válgame Dios!
JUAN: ¿Qué os ha dado?

quietud si no se castigan.
¿A mí negarme evidencias?
¡Aquel manto, la basquiña,
el talle, la misma voz
que escuché cuando subía
conozco!

JUAN: ¡Qué extraño tema!
 ¿No habrá en Madrid quien se vista
 de la mesma suerte que otras?
ALONSO: Si puedo con descubrilla
 convencer vuestros enredos
 ¿qué aguardo?

**Quiere destaparla y detiéndele don
JUAN**

JUAN: No se averiguan
 en desdoro de las damas
 recelos con demasias.
 Suspended cortés la mano
 o no os guardarán las mías
 la noble veneración
 a que las canas obligan.
ALONSO: ¡Negáisme que vea su cara!

**Alza todos los tapices muy colérico y tienta
todas las paredes**

¡Ah, quién tuviera en la cinta
el acero que los años
para su agravio jubilan!
Falseó el atrevimiento
llaves que el vicio fabrica;
pero mientras la experiencia
certidumbre examina,
quedaos, aleves, que yo
volveré a casa y, si Elisa
no está en ella, aunque con riesgo
de su opinión ya perdida,
lo que no pueden mis años
será fuerza que remita
al socorro de las canas,
dando cuenta a la justicia.
La llave que aquí olvidasteis,
dejándoos presos, os quita
de la mano la ocasión
de que huyáis.

**Quita la llave de la puerta y vase cerrando por
fuera**

ELISA: Corral, aprisa,
 que es la dilación dañosa.

Sale CORRAL

CORRAL: Nuestra puente levadiza

JUAN: te asegura. ¡Alto, a pasarla!
Adiós dueño de mi vida,
que yo velaré entre tanto,
Argos el alma en mi vista
para socorrer desaires
si en ellos mi amor peligra.

Vanse. Sale LEONOR

LEONOR: Picóse mi ama en el juego.
No tiene tanto temor
como yo.

**Sale ELISA quitándose el manto
apresurada**

ELISA: ¡Leonor, Leonor!
Quítame este manto luego
y escóndele. ¡Acaba, pues!

LEONOR: ¿Viene señor?

ELISA: ¡Ay de mí!

LEONOR: ¿Y te vio con don Juan?

ELISA: Sí.
Referiréte después
cosas que te den espanto.
Descuidados nos cogió.

LEONOR: ¡Jesús! ¿Y te conoció?

ELISA: No y sí. Acaba, esconde el manto.
Date prisa; que de hallarle
me pierdo. Llévale.

LEONOR: ¿Adónde?

ELISA: En los colchones le esconde;
pero no, que ha de buscarle.
Échale por el balcón
en la calle... Mas verále
mi padre que agora sale
de esotra casa.

LEONOR: ¡Dispón
qué habemos de hacer!

ELISA: Espera,
bájale a nuestro aposento.

LEONOR: Peor, que a tu padre sienta
subir ya por la escalera.

ELISA: En la manga.

LEONOR: Mal consejo
que en una comedia vi
que le escondieron así
y todas las oye el viejo.

ELISA: Mira, pues, que sube.

LEONOR: Aguarda,
verás un ardid bisoño.
Metámosle en este moño.

**Destócase LEONOR y quítase una
jaulilla. El manto ha de ser de los que llaman de humo.
Métenle doblado en la jaulilla y vuélvase Leonor a
ponerla. Dentro don ALONSO**

ELISA: Dices bien.

Poniéndose la saya de su ama

LEONOR: ;Cuál va la feria
de enredos!

ELISA: El manto toma.

Pónese LEONOR el manto

LEONOR: Llamo al patrón de la nao.

Hacia dentro

Echa acá la barca, ¡aho!
Ya el alba el copete asoma.

ELISA: No hay amor sin invenciones.

LEONOR: Yo lograré nuestro ardid
porque celebre Madrid
manto, jaulilla y balcones.

Vanse las dos y sale don JUAN

JUAN: Niño dios, no te va menos
que la honra si no sales
airoso del laberinto
en que ciego te enredaste.
Llamas traes. Serena alegre
las confusas tempestades
de tanto amoroso golfo
porque a la playa nos saque.

Salen LEONOR con manto y CORRAL

CORRAL: Entra e iré a alzar la puente.
Serás Leandro en el aire
pues nadas olas de vientos
como el otro nadó sales.

Vase CORRAL

JUAN: Pues, mi bien ¿qué ha sucedido?
ELISA: Don Juan, ya ni industrias ni arte
nos pueden ser de provecho.
El conde obligó a mi padre,
los dos siguieron mis pasos,
y en fin habré de casarme.

JUAN: ¡Oh, la más crüel...!

LEONOR: ;Ay, triste!
¿Decir quisiste Anajarte?
Sosiega, ¿no me conoces?

Descúbrese

JUAN: ;Mil vidas me restauraste!
 Pero, ¿qué embeleco es éste?
LEONOR: No hay tiempo para contarte
 prodigios. Sentémonos
 de la misma suerte que antes;
 que volviera el viejo a abrirnos.
 Sabrás cosas admirables.

*Siéntanse, y salen don ALONSO y don
ÁLVARO por la puerta del vestuario y quédase
LEONOR, tapada, sentada al lado de don JUAN*

ALONSO: Don Álvaro, de este modo
 averiguaré verdades.
 Id agora a ver si Elisa
 está en su cuarto. La llave
 es ésta. Abrid con sosiego
 que como yo aquí dentro halle
 la encubierta y vos a mi hija,
 creeré que pude engañarme.
JUAN: ¿Ya volveréis satisfecho?
ALONSO: Y corrido. Perdonadme,
 señora, si malicioso
 di crédito a vuestro traje.
 (¡Vive Dios, que es imposible **Aparte**
 no ser ésta Elisa! El talle,
 la basquiña, ¡vive Dios!
 Yo vuelvo a desengañarme.)

[Hablan aparte don ÁLVARO y don ALONSO]

ÁLVARO: Voy a verlo.
ALONSO: Id con secreto.

Vase don ÁLVARO

ALONSO: (De duda el cielo me saque. **Aparte**
 ;El manto, la saya, cielos!
 Acreditan mis pesares
 pero cerrada quedó.)
JUAN: No os suspendáis tanto, paren
 en amistad sentimientos,
 señor don Alonso, y basten
 vuestras mismas experiencias
 a reduciros afable,
 que estimo yo el ser muy vuestro.
ALONSO: En pruebas de nuestras paces
 os doy con los parabienes
 los brazos, como se case
 con vos la dama presente,
 y aumentéis felicidades
 de Elisa, del conde esposa,
 y de don Pedro, su amante
 doña Ana, hospedera vuestra.
JUAN: Es deidad Amor y sabe,
 manifestando su imperio,

hacer lo difícil fácil.
Siglos los cuatro se gocen.
ALONSO: Mil, don Juan, el cielo os guarde
en vida de esa hermosura.
Adiós, tomad vuestra llave.

Dásela y vase don ALONSO

LEONOR: Quédese este manto aquí;

Quítasele

que si vuelve a registrarme
el viejo allá, es peligroso
porque no hay donde ocultarle.

Sale CORRAL

CORRAL: Esto hasta agora va bien.
LEONOR: Vamos, Corral.
CORRAL: Buen viaje.

Vanse

JUAN: Ya el alba borda el oriente
de aljófares y granates.
¡Ay, si les diese a mis dichas
el parabién con las aves!
Parece que siento voces
en el balcón. ¿Si su padre
a mi Elisa agravio hiciese?
Libraréla aunque me maten.

Vase. Salen don ALONSO y el conde CARLOS

ALONSO: Huelgo de haberos hallado,
tan de mañana [en la calle.
Vengo de ver a doña Ana
que hoy con don Pedro se case.]
CARLOS: Duermen tan poco los celos
que han hecho que me levante
antes que el alba, temiendo
perder mis dichas por tarde.
ALONSO: Finezas con como vuestras.
Ya, conde, de vuestra parte
tenéis el amor de Elisa.

***Salen doña ELISA y LEONOR, al paño,
don ÁLVARO y después don JUAN***

LEONOR: Verédeslo, dijo Agrajes.
ALONSO: Don Álvaro, ¿estaba aquí?
ÁLVARO: Con sentimiento bastante
de que de ella desconfíes.
ALONSO: Alto. Debí de engañarme.

JUAN: Don Alonso, si es prudencia
que primero que me case
esperanzas asegure
y venza dificultades;
ya que he sido tan dichoso
que hallé al conde sin buscarle
con vos agora, quisiera
quitar estorbos delante.
Porque anoche le alabé,
poco cuerdo en esta parte,
las prendas de vuestra Elisa,
atropellando amistades
me la usurpa y se desposa.
Recelo, pues, que si sabe
que en otra dama me empleo,
con Elisa sea mudable,
y también me la pretenda.
Vengo, pues, a asegurarme
de él y de vos.

ALONSO: ¿Pues de mí
qué hay que temáis?

JUAN: Escuchadme.
Si la prenda a quien adoro,
teniéndoos a vos por padre,
por su esposo me eligiese,
¿permitiréiselo afable?

ALONSO: ¿Por padre a mí?

JUAN: Así lo afirma.

ALONSO: ¿Pues no es esa...?

JUAN: Es la que hallasteis
conmigo, poco ha, encubierta.

ALONSO: ¿Hay suceso semejante?
¿Y esa dama es deuda mía?

JUAN: Su nobleza es vuestra sangre.

ALONSO: Será doña Ana.

JUAN: Ella u otra.
Vuestro gusto se declare.

ALONSO: Digo, si es la que con vos
dio motivo a los pesares
que ya en gozos se convierten,
que siglos el cielo os guarde
a los dos, con sucesores
que vuestros gustos dilaten.

JUAN: Bésoos la mano mil veces.
Vos, conde, habéis de jurarme
de pasar también por esto.

CARLOS: Gustoso, como no pase
adelante nuestro enojo.

JUAN: Juradlo pues.

CARLOS: Don Juan, baste
la palabra que os empeño.

JUAN: Pues, adiós.

ALONSO: Sepamos antes
quién es la dama en enigma.

JUAN: Por agora es importante
encubriroslo. Señores,
cuento con lo que jurasteis,
y luego al punto...

LEONOR: (Ya entiendo.) **Aparte**

Retíranse ELISA y LEONOR

JUAN: ...veréis que traigo a mi amante.

Vase y sale don PEDRO

PEDRO: Ya llegó la sutileza
a los últimos remates
de su ingenioso artificio.

ALONSO: ¿Qué es esto, don Pedro?

PEDRO: Lances
del amor y del ingenio
que parecen disparates,
y son en vuestro desdoro
bien lastimosas verdades.

ALONSO: ¿Qué dices?

PEDRO: Que hay ya balcones
que para comunicarse
sin que teman precipicios
labran puentes por los aires.
Venid, certificaréis
de la invención más notable
que pudo fraguar la industria.
Declaraos.

CARLOS:

PEDRO: El declararme
ha de ser por vista de ojos.
Venid, veréis el pasaje
que por los golfos del viento
hallan nuevos navegantes.

ALONSO: ¿Qué es esto, confusa noche?

***Vanse. Salen don JUAN, CORRAL, ELISA y LEONOR, y
van pasando [de una casa a otra]***

JUAN: Resoluciones amantes
son dichas las más veces.
No temáis, mi bien.

ELISA: Ya es tarde
para temor y escarmientos.

Dentro en los balcones

CORRAL: Señores, no tiemble nadie,
no seamos volatines
que, dando a entender que caen,
suelen burlando en el suelo
como huevos estrellarse.

LEONOR: Tenme, Corral.

Va pasando LEONOR

CORRAL: Arlequín,
tente tú; que a esotra parte
suena el viejo.

LEONOR: ¡Ay, desdichada!

Llegan al balcón el conde [CARLOS], don

ALONSO, y don [ÁLVARO] y bajan los de arriba

ALONSO: Ya no es posible escaparse.

**Salen al tablado don JUAN, ELISA, LEONOR y
CORRAL**

ELISA: ¡Ay, don Juan! ¡En el balcón
don Pedro, el conde y mi padre!
¡Volvámonos!

ALONSO: ¡No es posible!
JUAN: Yo he de morir o librarte.

**Al querer entrar don JUAN, CORRAL y los
demás, sale doña ANA por la misma puerta
acompañada por don PEDRO**

ANA: ¿Dama en mi casa y oculta?
Don Pedro, de agravios tales
venganza os piden mis penas.
PEDRO: Grande es mi amor, si ellas grandes.
ANA: ¿Así se premian socorros,
don Juan? ¿Así es bien se paguen
favores de vuestros riesgos?
PEDRO: Por ingrato y por mudable
moriréis como Perilo
en la invención que trazasteis.
Sólo hay paso por aquí.

Saca la espada

CARLOS: Y por aquí sólo se abre
salida a un alma rebelde,
franqueándola mi ultraje.

**Sacan las espadas el conde CARLOS y don
ALONSO**

CORRAL: Pasadizo ratonera
es el nuestro. No se llama
sino el puente de Mantible,
pues que le guardan jayanes.
JUAN: Ésta es la dama encubierta
que a solas conmigo hallasteis,
y después me permitisteis
pues que os llame su padre,
que mi esposa la eligiese.
Lo mismo, conde, jurasteis.
Cumplid como caballeros.
ELISA: No violentéis voluntades.
Triunfad de vos mismo, conde;
sed cortés si sois amante.
CARLOS: Razones tan elocuentes,
dignas son de venerarse.
Amparo de vuestro amor
seré de aquí en adelante

domo de don Juan amigo.
 Y si estima vuestro padre
 serlo mío, como creo,
 logrará felicidades
 que tal yerno le asegura,
 porque yo, si hasta aquí fácil
 en no reprimir pasiones,
 seré enemigo constante
 de quien a don Juan no estime.
 ALONSO: ¿Hay bellaquería más grande?
 ELISA: ¡Padre mío!
 LEONOR: ¡Viejo mío!
 ALONSO: Vos lo mandáis, Dios lo hace.
 Trázalo Amor contra tantos.
 Un viejo solo, ¿qué vale?
 DON JUAN: Dejad que los pies os bese.
 CARLOS: Anudemos voluntades
 que rompieron competencias,
 porque eternicemos paces,
 dando doña Ana a don Pedro
 la mano.
 ANA: Sabré estimarle
 porque viene de la vuestra.
 CORRAL: Pues que se queda incasable,
 vuestra virgen señoría,
 metámonos los dos frailes.
 LEONOR: Eso no, que soy tu esposa.
 CORRAL: ¿Que aún no he podido escaparme?
 CARLOS: Fenecieron con la noche
 confusiones y pesares,
 y con el sol amanece
 la paz que a alegrarnos sale.
 JUAN: Éstos los ardides son
 con que Amor prodigios hace.
 LEONOR: Y estos mis embustes son.
 No fie en mujeres nadie.
 CORRAL: Los balcones de Madrid
 aquí da fin, perdonadme
 que si no os digo el poeta,
 me han mandado que lo calle.

FIN DE LA COMEDIA

Texto electrónico por Vern G. Williamsen y J T Abraham
 Formateo adicional por Matthew D. Stroud

Association for Hispanic Classical Theater, Inc.
<http://www.comedias.org/>